

El humor y lo social en Hugo Díaz

Todas estas noches. Ya tarde, como a las once, aparece frente a mi escritorio un personaje silencioso, una especie de fantasma de saco a cuadros que con toda la humildad de un monje cartujo, me enseña el dibujito del día.

Está como dudoso, como pensando que tal vez no le sonó la flauta. Tomo el pequeño cartoncito en mis manos y no puedo contener una explosión de carcajadas. A veces me sigo riendo como un idiota durante mucho rato y, cuando ya se ha ido, para no ofender su humildad auténtica, entonces me atrevo a decir en público que ese sujeto es genial.

Es Hugo Díaz, el caricaturista que con seudónimo de Lalo hace las caricaturas de **La República**.

Díaz, aunque él posiblemente no lo quisiera y tal vez hasta se va a molestar porque yo lo diga, es sin duda el mejor caricaturista de Centroamérica. Es el

hombre que con sus dibujos sostiene el periódico Pueblo y uno de los más grandes estímulos mañaneros para que la gente compre **La República**.

Su caricatura de cada día está llena de una ingeniosidad sin par que no sólo revelan el alto sentido del humor que posee - no obstante su silencio- sino también el trazo experimentado y sabio de un gran dibujante. Quien no lo crea, remítase al almanaque 1975 que distribuyó el Instituto Nacional de Seguros.

Al revisar hoy sus caricaturas de 1975, me encuentro con un Hugo Díaz que no es el hombre modesto y silencioso que a veces camina por la Avenida Segunda. Detrás de ese rasgo fino y de esa percepción impecable de los caracteres que hace suyos, se esconde un fisonomista brillante avalado por una técnica del dibujo que se podría enfrentar a los más renombrados pintores de cualquier nación. Pero no es sólo eso y tampoco es su sentido del humor lo que sobresale en sus

caricaturas de **La República**. Hay que mirárlas con cuidado para encontrar en ellas el alma de un hombre solitario, de un hombre plenamente identificado con las clases menos pudientes, de un verdadero abanderado de la justicia, de la virtud y de la limpieza en el vivir. Su ojo de lince está siempre presto a resaltar el problema social, la burla de los más puros valores, el engaño de los funcionarios. Lo social resplandece en toda su obra y en no pocos casos, como en esa caricatura de los niños desnutridos de Limón, es capaz de incitar hasta la lágrima. Hugo Díaz es un hombre sencillo que tras la poquedad de sus maneras, esconde una alma gigantesca, un espíritu de solidaridad humana que deseara el país para todos sus hombres. A la inversa de lo ahora común, Hugo Díaz no es el caricaturista que lanza la piedra y esconde la mano, es el hombre que tiende la mano y guarda silencio. No quiere publicidad, no goza de los elogios y a veces hasta se sonroja cuando ve el efecto

explosivo que una de sus caricaturas produce en mí.

Yo creo que Díaz debería emprender ya empresas mucho mayores. No digo dejar esa magia de la caritura, sino ampliarla, lanzarse sin timidez a la conquista de otros mundos. Su habilidad para caracterizar personajes lo capacita para iniciar una gran tira cómica costarricense y a mí no me cabe ninguna duda del éxito que pueda obtener un hombre de su talento y de su capacidad, en cualquier dirección que se lance.

Tal vez Hugo Díaz no me vuelva a hablar por todos estos elogios que le escribo, pero, en todo caso, ¡qué tipo genial es Hugo Díaz!

Y no dicen nada mis palabras, lo dicen esas caricaturas que en esta página publicamos y que resumen el año 1975 con cuatro trazos, un gran humor y una sensibilidad social y humana del tamaño de Polifemo.

Carlos Morales.



REUNION DE PRESIDENTES EN NICARAGUA



MISERIA DE LOS NIÑOS DE LIMÓN

